

PRISION Y MUERTE DE JOAQUIN CASILLAS

Fotos: Alfredo, Benjamín González y Miguel Hernández Toledo.

JOAQUIN Casillas Lumpuy, el hombre que asesinó a Jesús Menéndez, fue enviado a última hora a Las Villas, comisionado por Batista para detener el avance de las fuerzas revolucionarias. Pero el sanguinario coronel que tenía en su haber tantas y tantas víctimas, no pudo dar cumplimiento a esta última orden, ya que los revolucionarios avanzaban incontenibles, liberando ciudades y amenazando con tomar la propia capital de la provincia.

Y cuando, tras horas y horas de violentísimo combate, se produjo al fin lo inevitable y Santa Clara fue ciudad libre, los triunfadores se encontraron que tenían entre sus prisioneros a un hombre que aunque había sustituido su uniforme militar por ropas de civil no podía ocultar su identidad: era el tristemente célebre Casillas Lumpuy.



Tras las rejas del calabozo, ya Joaquín Casillas no es el mismo. Tiene la barba crecida y los ojos semicerrados parecen querer huir de la claridad de la mañana. Tiene temor a mirar de frente. Y en su alma de asesino ruin empieza a crecer, como un monstruo incontenible, el miedo a la justicia.

Sus captores le pusieron a buen recaudo. El hombre que tanto daño había hecho a la Revolución se encontraba en un calabozo de su propio cuartel. Había perdido su soberbia, su jactancia, su altanería. Pero él sabía que la debía y que tenía que pagarlas todas juntas. Sabía que la justicia revolucionaria le pediría cuentas de la sangre derramada, de las vidas suprimidas arteramente en campos y ciudades.

Por eso Casillas trató de huir. No se le ocultaba que la empresa
(Continúa en la Pág. 129)

Después su propio miedo le hizo intentar algo casi imposible: la fuga. Y en ese intento halló la muerte. Con ello no hizo más que anticiparse pues de todas maneras la Revolución iba a juzgarle y era muy difícil que con tal hoja de crímenes no se le condenara a muerte.

Tres oficiales de las fuerzas revolucionarias fueron los captores de Casillas: el capitán Amaury Troyano y los tenientes Tony Martínez y Pablo Soto. Ya en la ciudad militar cuentan la odisea vivida. Obsérvese que uno de ellos tiene en sus manos el portafolio con cinco estrellas del general en jefe que el "viejo Pancho" abandonó en su cobarde huida.

